

La ficción climática, narrativa del antropoceno

Marianela Mora

Universidad Nacional de Córdoba

Resumen

Como ciudadanos del mundo, a diario somos testigos de desastres ecológicos causados por la acción humana, situación que posiciona la temática en el centro de la escena sociocultural como la mayor preocupación que interpela al sujeto del siglo XXI. La urgencia de enfrentar las consecuencias de la actividad de la especie humana sobre el planeta impulsa incluso una nueva denominación desde las ciencias de la Tierra para referir la edad geológica actual, el antropoceno (Crutzen y Stoermer, 2000), neologismo que responde a la acción antrópica, en tanto agencia colectiva, como fuerza geológica. En sincronía con la irrupción del concepto, la producción literaria anglófona ha sido progresivamente conquistada por textos ficcionales que abordan el cambio climático, uno de los fenómenos más concretos que el paradigma antropocéntrico encierra. La ficción climática surge a partir de la necesidad de representar en la creación literaria la crisis ambiental provocada por el ser humano con el propósito de pensar y comunicar el futuro del planeta. La perspectiva del antropoceno impone, asimismo, resignificar parámetros espaciotemporales, de agencia y riesgo en función del peligro ecológico que involucra, desafío y compromiso asumidos por las nuevas narrativas ambientales.

Palabras clave: Antropoceno - crisis ambiental - cambio climático - eco-crítica - ficción climática.

Climate Fiction, Anthropocene Narratives

Abstract

As citizens of the world, we are witnesses of ecological disasters caused by human action, a fact at the center of the socio-cultural scene, the greatest challenge human beings face in the twenty-first century. The urgency of confronting the consequences of human activity on the Planet even prompts a new term in the natural sciences to refer to the current geological age, the Anthropocene (Crutzen & Stoermer, 2000), a neologism that responds to anthropic action in the form of collective agency and geological force. Hand in hand with this concept, Anglophone literary production has been conquered by fictional texts that deal with climate change, one of the most concrete phenomena that the anthropocentric paradigm involves. Climate fiction arises from the need to represent in literary creation the environmental crisis caused by human beings with the purpose of thinking and communicating the future of the Planet. The perspective of the Anthropocene also imposes new conceptualizations of space, time, risk and agency parameters in connection to the ecological danger addressed, a challenge the new environmental narratives embrace.

Keywords: Anthropocene - environmental crisis - climate change - eco-criticism - climate fiction.

En la esfera de la producción literaria la inquietud por la crisis ambiental halla voz para imaginar y narrar los escenarios que el suceso ocasiona en una forma narrativa particular recientemente denominada «clima ficción»¹ o «ficción climática» (Dwyer, 2010; Trexler, 2015; Trexler y Johns-Putra, 2011; Mehnert, 2016). La literatura anglófona, especialmente a partir del cambio del milenio, ha generado textos que, en una categorización tematólogica, coinciden en la especulación sobre desastres ecológicos, en particular aquellos vinculados al cambio climático. El volumen y la importancia en el ámbito sociocultural de estas representaciones ficcionales y las características específicas que asumen como expresión literaria han incitado a la crítica a pensar que estamos frente a una nueva forma o categoría narrativa (Schneider-Mayerson, 2017), incluso, un nuevo género literario (Whiteley, Chiang y Einsiedel, 2016; Goodbody y Johns-Putra, 2019).

Es preciso señalar que esta tipología narrativa emergente en la literatura anglófona surge como enunciación literaria que intenta comunicar el peligro ambiental que el calentamiento global antropogénico entraña. El factor referido como antropogénico —o antrópico— es aquel que ha sido provocado por la intervención de la actividad humana sobre el ecosistema y se diferencia, evidentemente, de aquel originado por causas naturales sin injerencia humana. Las derivaciones del accionar humano sobre nuestro planeta han impulsado la propuesta de reemplazar el término *holoceno*, edad geológica actual, por *antropoceno* (Crutzen y Stoermer, 2000) para enfatizar la magnitud del impacto que el comportamiento del ser humano ha tenido sobre el medioambiente (Oppermann y Iovino, 2017).

Cabe también advertir que, si bien el sobrecalentamiento implica una serie de consecuencias inmediatas en las que los expertos acuerdan, no existen coincidencias en la comunidad científica sobre sus efectos a largo plazo a escala global. La narrativa ambiental brinda, en este sentido, modos alternativos de articular un fenómeno que involucra a todos y cada uno de los habitantes del planeta. Como denuncia el filósofo y especialista en humanidades ambientales Timothy Clark el mundo lleva casi tres décadas intentando solucionar el cambio climático, pero todas las propuestas parecen ser insuficientes. El desafío consiste entonces en reimaginar: cambiar «el imaginario» de la cultura afirmando que la destrucción ambiental puede ligarse a factores culturales o político-culturales y produciendo lecturas basadas en la convicción de que la destrucción ambiental puede remediarse por medio de recursos culturales (Clark, 2015, p. 19). Resulta más que pertinente el planteo, puesto que el cambio climático involucra al ser humano en todo aspecto de su vida cotidiana sin importar el lugar del planeta que habita. ¿Por qué no, en consecuencia, encararlo desde las distintas esferas de la vida sociocultural y política?

Claro está, entonces, que el concepto cultural del antropoceno reclama nuevos modos de significar el tránsito del ser humano por el planeta y la interconexión entre ellos. Sin embargo, nos atrevemos a arriesgar que no son igualmente claras las diversas formas de representación que el fenómeno —no olvidemos su esencial mirada posantropocéntrica— exige. Nos preguntamos, por lo tanto, ¿cómo se representa la crisis ambiental en la ficción climática? ¿Cómo se narra el cambio climático en función de los nuevos parámetros impuestos por el concepto del antropoceno?

El término *climaficción*, o *cli-fi*, del inglés «climate fiction», fue acuñado en 2008 por Dan Bloom (Forthomme, 2014). En el intento de designar y categorizar la ficción climática se han propuesto diferentes apelativos. Entre ellos mencionamos: «ficción de cambio climático», «ficción ambiental» (Buell, 2005) y «ecoficción» (Dwyer, 2010). Otras formas sugeridas que aluden a estas narrativas son «ciencia ficción ecológica» o «ciencia ficción ambiental» (Trexler, 2015). Dentro de estas denominaciones, *cli-fi*, ficción climática y clima ficción se han establecido como los términos que predominan en la crítica literaria referida a la tipología narrativa en cuestión (Bloom, 2014). Indistintamente de la nominación que resista el paso del tiempo, lo cierto es que el cambio atmosférico constituye un objeto de estudio de las ciencias naturales transformado en motivo de la imaginación literaria; un motivo de la imaginación literaria que involucra al ser humano a través de fronteras sociales, culturales, raciales y generacionales. Tal como declara el escritor canadiense Bruce Meyer (2017), la ficción climática no constituye solo una tendencia en el ámbito de la literatura que goza en la actualidad de popularidad, sino que es una temática que, a medida que transcurre el tiempo, adquiere mayor sentido y relevancia (p. 124).

Críticos tales como Mehnert (2016), Goodbody y Johns-Putra (2019), Trexler y Johns-Putra (2011), y Andersen (2020) indagan los modos en que la crisis ambiental es representada en los textos, de hecho, realizan recorridos de las producciones literarias clima-ficcionales para explorar el surgimiento, tipificación y descrip-

1 A lo largo del artículo utilizaremos las expresiones *clima ficción*, *ficción climática* y *ficción/narrativa ambiental* para referirnos a las producciones que son nuestro objeto de estudio.

ción de estos textos como modo narrativo preponderante en la ficción anglófona en la era del antropoceno. Axel Goodbody y Adeline Johns-Putra (2019) cuestionan si las expectativas genéricas no desvían acaso el foco de atención hacia cuestiones no necesariamente inherentes a la amenaza ecológica, mientras que Gregers Andersen (2020), además de ofrecer una interesante categorización de las narrativas clima-ficcionales, trae al debate la presencia en los textos *cli-fi* de una naturaleza capaz de castigar a un ser humano que ha violado leyes ecológicas.

Por su lado, Adam Trexler (2015), en sintonía con Mehnert, explora en profundidad la novela en la era de la actual etapa geohistórica desde un enfoque contundentemente ecléctico, pues adopta nociones de la climatología, la sociología y la economía ambiental, entre otras disciplinas. Desde su perspectiva interdisciplinar, realiza un estudio no solo del clima ficción, sino también de los cambios culturales que subyacen en el surgimiento de los textos bajo análisis. A partir de su estudio, propone un marco de interpretación e historización del *cli-fi*.

La necesidad de un abordaje transdisciplinario ha sido expuesta por Lawrence Buell (2005), quien demanda una revisión incluso de la crítica que inicialmente se ocupó del ambiente natural en el texto literario. Buell manifiesta cierto recelo frente al término *ecocrítica*, pues considera, por ejemplo, que la crítica ecológica no constituye aún un proyecto consolidado y coordinado, por lo que propone en su lugar *crítica ambiental*, *estudios literarios ambientales* o *crítica verde* —denominación que prevalece en la literatura británica. De acuerdo al crítico, el prefijo *eco-* sugiere exclusivamente el entorno «natural» en oposición al ambiente «construido», lo cual no engloba el aspecto interdisciplinario que concierne a la ecocrítica actual. En este sentido, el investigador, a partir de los conceptos de Gary Snyder, señala que los estudios ecocríticos no necesariamente se restringen a las ciencias biológicas como su nombre podría indicar: *Ecología* deriva etimológicamente del griego *oikos*, ‘casa’, y, en el uso moderno, se refiere a ambos: el estudio de las interrelaciones y el flujo de energía entre los organismos y la materia inorgánica (Snyder, como se citó en Buell, 2005, p. 13). En un sentido metafórico, *ecología* puede extenderse para abarcar el intercambio de energía y la interconexión también en «otras esferas»: desde los sistemas de comunicación basados en la tecnología hasta la ecología del pensamiento y la creación (Buell, 2005, p. 13). A pesar del posicionamiento de Buell con respecto del término, el investigador de la academia estadounidense admite que *ecocrítica* es la denominación más consensuada en los estudios culturales, e, incluso, propone simplemente tener en cuenta, al hacer uso del término, no solo su etimología, sino también su alcance metafórico.

Cuando hablamos de ecocrítica tradicionalmente se hace la distinción entre ecología superficial y ecología profunda. Por un lado, la ecología superficial presenta una orientación primordialmente antropocéntrica, pues las necesidades del hombre constituyen el lente a través del cual se interpreta la naturaleza; el mundo natural, de este modo, posee un valor instrumental, es decir, su significado solo se mide con relación al interés de la especie humana. Por otro lado, la ecología profunda despliega un posicionamiento ecocéntrico o biocéntrico, en que la naturaleza tiene un valor intrínseco, independientemente de las necesidades del ser humano (Carballo y Aguirre, 2010). Desde esta última orientación, la ecocrítica intenta deshacer la tan arraigada jerarquía que posiciona al ser humano por encima del resto de los seres vivos (Glottfelty y Fromm, 1996).

Además de esta distinción, Lawrence Buell, en *The Future of Environmental Criticism* (2005), diferencia dos corrientes dentro de la crítica verde que ejemplifican la evolución que los estudios ecocríticos han sostenido a lo largo de sus pocos años de desarrollo. Las dos corrientes referidas son denominadas por Buell como ecocrítica de la primera y de la segunda ola. La disparidad entre ambas tendencias radica esencialmente en el modo de entender el discurso científico. La segunda corriente ecocrítica presupone un desvanecimiento de los límites entre los discursos científicos y culturales, ya que en ella se enfatiza la naturaleza de las ciencias como constructo cultural. Mientras que la perspectiva exhibida por la primera corriente ecocrítica escindía las nociones de medioambiente *natural* y *medioambiente cultural*, la segunda corriente deshace esta división y, por lo tanto, aquellas entre humano/no-humano, natural/artificial y natural/cultural. Estas nociones son fundacionales en las líneas de análisis de investigadores tales como Michael Bennett, Donna Haraway, Ursula Heise y Katherine Hayles.

Con el propósito de ejemplificar, Buell propone dos representaciones del ser humano de acuerdo a la visión de la primera y la segunda corriente, respectivamente: el primero es una figura solitaria que en un estado de aislamiento se conecta con lo natural; por el contrario, el segundo prototipo está determinado por categorías sociales donde su medioambiente es también un constructo social. De allí, Buell (2005) subraya: «La literatura y los estudios ambientales deben desarrollar una “ecocrítica social” que toma los paisajes urbanos degradados tan en serio como a los paisajes “naturales”» (p. 22), posicionamiento que categóricamente

amplía las redes interdisciplinarias en que interviene la ecocrítica a la vez que amplía su horizonte y ámbito de actuación.

Consecuentemente, podemos afirmar que desde sus esbozos iniciales la ecocrítica se ha enriquecido con el aporte de distintas disciplinas y, como se ha expuesto, ha ampliado su campo de estudio y labor. Sin embargo, algunos teóricos aún demandan que la crítica ecológica sea capaz de adaptar sus métodos para abarcar los complejos procesos que están transformando y modificando el planeta tales como: cambio climático, agotamiento de los suelos, contaminación, deforestación, etc. (Trexler y Johns-Putra, 2011, p. 185). Por ejemplo, detractores de la corriente ecocrítica cuestionan que el calentamiento global se haya convertido en una temática primordial recién a partir del año 2000. Esta visión es compartida por otros críticos tales como Antonia Mehnert (2016), quien destaca, inclusive, que hasta hace unos pocos años, la crítica ecológica constituía un campo de estudio relegado dentro de las humanidades y que recién asume protagonismo con el cambio del milenio (p. 37). Es así que, frente a estas demandas, la toma de conciencia del impacto devastador de este fenómeno sobre el planeta se resignifica dentro de la esfera sociocultural y, desde allí, en la actual crítica literaria ecologista para concretarse en un nuevo modo de concebir y denominar la edad geológica que atravesamos: el antropoceno.



Figura 1. Paul Crutzen. Naj-Oleari (2010)

En términos generales el antropoceno o la era de los humanos hace referencia a la edad geológica definida por actividades antrópicas en detrimento del medioambiente (Oppermann y Iovino, 2017). En el año 2000 los científicos atmosféricos Paul J. Crutzen y Eugene Stoermer publican un artículo en el que plantean que a partir de la Revolución Industrial el hombre dejó de transitar la era del holoceno² para introducirse en una nueva, la del antropoceno. La finalización de la era del hielo (alrededor de 12 000 años atrás) significó el comienzo del holoceno: un período de clima parcialmente cálido, apto para la especie humana y el consecuente avance de las civilizaciones y el eventual desarrollo de la agricultura, la industria y la tecnología. El progreso de la especie humana —en la actualidad, incluso hablamos de tecnociencia— ha significado la alteración de sistemas naturales tales como los hidrológicos, atmosféricos y geológicos (Kress y Stine, 2017). La existencia de condiciones propicias en el planeta para el ser humano de las próximas generaciones es precisamente lo que el concepto del antropoceno desafía.

Ya en la década del setenta Crutzen investigaba la formación y descomposición de la capa de ozono, labor por la cual recibe el Premio Nobel en 1995. La etimología del neologismo *antropoceno* designa la huella que el ser humano ha plasmado sobre el planeta, impacto de tal magnitud que ha llegado a manifestarse en la

2 *Holoceno* designa la edad geológica actual del período cuaternario y comprende los últimos 11 700 años Encyclopedia Britannica (s. f.).

estratificación geológica (Crutzen y Stoermer, 2000; Clark, 2015). Resumidamente, la nueva etapa en la historia geológica implica que las conjeturas sobre el perjuicio ocasionado por el hombre al planeta —típicas de la retórica ambientalista de los años setenta y ochenta— ya no son meras suposiciones, sino un acontecimiento concreto que debe enfrentarse. Con relación a ello, el filósofo británico Timothy Morton (2013) propone una interesante perspectiva del antropoceno como concepto que enlaza la historia humana y la terrestre: la sombra, incluso aterradora, coincidencia de la historia humana y la geología terrestre (p. 9).

Timothy Clark, en *Ecocriticism on the Edge* (2015), desarrolla el concepto del antropoceno y explica que el alcance del término no se restringe al ámbito de la geología, sino que se ha adoptado también en otras esferas como las humanidades. El investigador de la academia británica interpreta que el antropoceno enfatiza la incommensurable marca que la actividad antropogénica ha dejado sobre la ecología y la geología de la tierra (p. 2-3). De acuerdo a Crutzen y Stoermer (2000), la acción humana se ha convertido en una fuerza tectónica que continuará dejando su huella en el planeta por millones de años. Tal como exponen John Kress y Jeffrey Stine en la introducción a *Living in the Anthropocene* (2017), las alteraciones físicas y biológicas que ya están ocurriendo en el planeta pueden equipararse a las transiciones ambientales que marcaron el comienzo de distintos períodos geológicos como el eoceno, el paleoceno y el holoceno.

A lo largo de nuestra historia, algunos científicos han advertido el alcance de la intervención humana sobre el medioambiente. Ya en 1873 Stoppani identificó la influencia del hombre como una fuerza geofísica comparable a otras energías terrestres, incluso mencionaba la «era antropozoica». Cincuenta años más tarde, Teilhard de Chardin y Le Roy, en 1994, acuñan el vocablo *noosfera* (esfera de la razón) para señalar la conmoción que el intelecto y la capacidad tecnológica del hombre implican sobre el medioambiente (Crutzen y Stoermer, 2000, p. 1).

Desde que el término *antropoceno* gana protagonismo en la escena científico cultural, no en pocas oportunidades este ha sido rebatido y resistido para proponer otros vocablos en su lugar. La divergencia terminológica toma sentido en el intento de identificar y enfatizar diversos aspectos como causas o consecuencias de la crisis ambiental que atravesamos como especie. La coexistencia de distintas posibilidades de denominación pone al desnudo la multifacética fisonomía del suceso. *Capitaloceno* —sugerido por el historiador ambiental Jason Moore (2017)— encauza la denominación hacia lo que el sociólogo estadounidense entiende es la verdadera causa de la crisis ecológica, los medios de producción que funcionan como «ecologías mundiales de poder». Moore discierne diferentes responsabilidades que el concepto antropoceno pareciera eclipsar. A su entender, no deberíamos hablar de *antropogénico*, sino de *capitalogénico*. Planteos similares ofrecen los términos *plantationoceno* —vocablo acuñado colectivamente en un debate entre antropólogos de la Universidad de Aarhus, Dinamarca, que busca exponer la transformación de la tierra (Haraway, 2014, 2015)— y *tecnoceno*, propuesto por el sueco Alf Hornborg (2016), quien entiende que el desarrollo tecnológico constituye una estrategia para apropiarse y redistribuir tiempo y espacio en la sociedad global (p. 18). En coincidencia también con los conceptos de Jason Moore, la reconocida bióloga y filósofa Donna Haraway (2014, 2015) propone el término *chthulucene* —del griego *chthonos*, ‘de la tierra’— en su propuesta de superación de las diferencias entre las especies. Como es evidente, los términos sugeridos no pretenden pugnar por la existencia de una crisis ambiental, sino reorientar la conceptualización del fenómeno hacia un determinado ángulo, lo cual implica, a la vez, encaminar modos de acción.

La embestida en contra del término *antropoceno*, por parte de algunos pensadores de las humanidades ambientales, ha sido también debido a que la estructura de la palabra evidencia el *hubris* de la humanidad y que al pretender denominar una etapa geológica a partir de nuestra especie se materializa el dominio humano, según, por ejemplo, Eileen Crist (2013, p. 131-132). Lo cierto es que, para muchos críticos, una confusa o engañosa designación podría llevar a políticas de gestión inapropiadas al encarar el fenómeno (Farrier, 2019). No obstante, estas posturas se distancian de lo que Joanna Zylińska (2014) considera con relación al vocablo. La artista y escritora británica sostiene que el concepto del antropoceno sustancialmente encierra un pensamiento posantropocéntrico, en el sentido de que no busca posicionar al hombre por sobre el resto de las especies y que la singularidad del sujeto humano no supone supremacía (p. 22).

Cada uno de los posibles apelativos nos dirige a otra contienda conceptual que obedece al inicio del período que intentamos definir. Si bien, como hemos anticipado, existe consenso en identificar la Revolución Industrial como momento histórico que señala el inicio del antropoceno, algunos geocientíficos indican que la totalidad del holoceno podría incluirse bajo la nueva denominación. Otros geólogos, como William Ruddiman y John Kutzbach, han establecido que los efectos de la agricultura y la deforestación pueden haber tenido un impacto en el sistema terrestre (Clark, 2015, p. 14). Crutzen y Stoermer (2000), no obstante, marcan como ini-

cio del antropoceno la segunda mitad del siglo XVIII porque ese período histórico coincide con la corroboración empírica del incremento de los gases de efecto invernadero en la atmósfera y con invenciones tecnológicas significativas como la máquina de vapor.

Un ineludible aspecto de la construcción conceptual de una nueva era geológica es admitir el alcance de la intervención antropogénica en los diversos hábitats. Efectivamente, paleontólogos coinciden en que la «sexta extinción masiva» se encuentra en proceso, evento provocado por la sobreexplotación de los recursos y que implica una enorme disminución en la biodiversidad terrestre (Arias-Maldonado, 2015). Elizabeth Kolbert —ganadora del premio Pulitzer por su investigación y análisis en *The Sixth Extinction: An Unnatural History* (2014)— describe cómo la evidencia arqueológica de presencia humana en diversos espacios terrestres coincide sorprendentemente con un fuerte impacto en la flora y fauna del territorio (p. 429). La autora detalla cómo la desaparición, por ejemplo, de la megafauna concuerda exactamente con la cronología de la migración humana. Consecuentemente, la extinción de estos gigantes constituyó una intensa transformación ecológica del planeta. La repetición de patrones como el descrito lleva a que uno de los cuestionamientos del texto de Kolbert sea precisamente si alguna vez el hombre vivió en armonía con el mundo natural (p. 436).

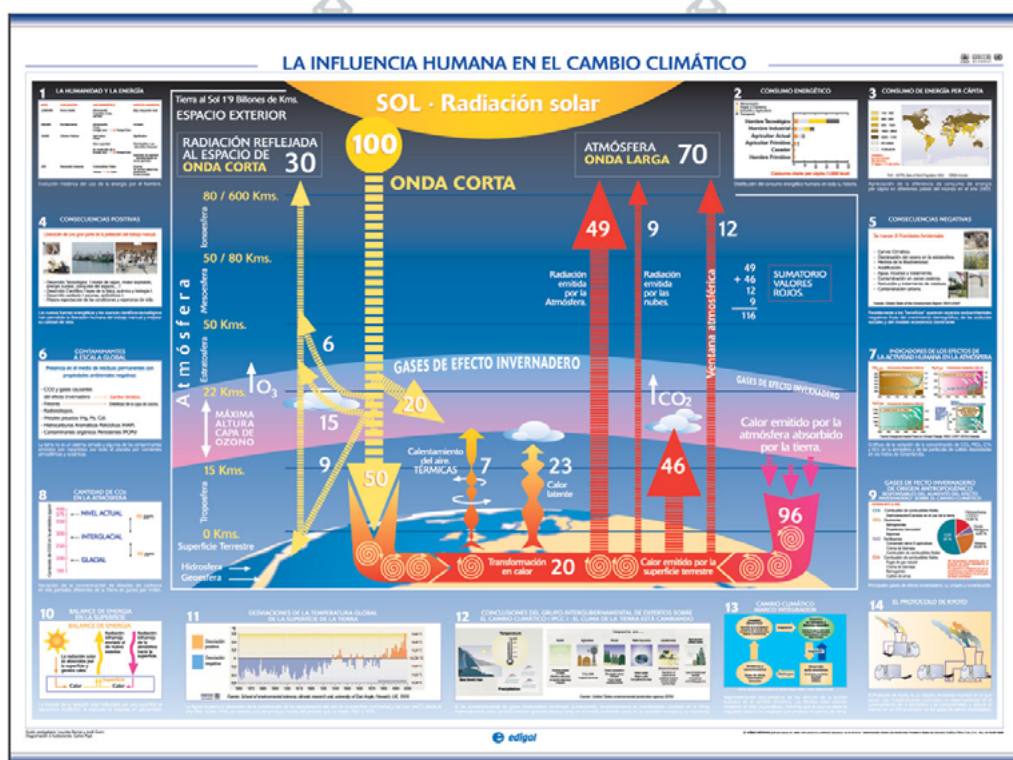


Figura 2. Cambio climático. Edigol (2005)

El conjunto de transformaciones en la era del antropoceno lleva a pensar a los seres humanos como enormes y densas placas tectónicas de humanidad, una fuerza ambiental que ha desequilibrado irreversiblemente la circulación del agua, la temperatura media y la formación de las nubes y el viento —concretamente, los elementos—, así como el número y la evolución de las especies vivas en, sobre y bajo su territorio (Serres, 1995, p. 16). Asimismo, el antropoceno pone a prueba la capacidad intelectual del hombre de pensar en escalas de tiempo y espacio inefables e incommensurables (Clark, 2015, pp. 101-129) a la vez que exige modos innovadores de expresar el riesgo que enfrentamos y la responsabilidad individual y colectiva que tenemos ante el suceso. Esta nueva forma de entender la edad geológica que transitamos impone la noción de una capacidad humana que como especie constituye una agencia³ que modifica su entorno. Clark comprende que es necesario concebir la capacidad de acción colectiva del sujeto humano como un sentido nuevo de «noso-

3 En filosofía, se entiende por *agente* el que obra o actúa, por contraposición a quien sufre, recibe o padece la acción (Cuaderno de Materiales, s. f.).

tros» como un sujeto histórico (p. 15) en donde las cuestiones de género y de clase, al igual que las raciales y socioculturales, son superadas por una emergencia ambiental que interpela a todos los seres vivos del planeta, independientemente de los factores identitarios que atraviesan a cada individuo.

El corolario de concebir la actividad antrópica como agente planetario implica comprender que las decisiones del hombre no tendrán injerencia sobre sus efectos al igual que sucede con los diversos fenómenos naturales. No obstante, pese a ello, y a causa de ello, es imperioso explorar alternativas de acción proambientales frente a la crisis ecológica. Como denuncia Adam Trexler (2015), es necesario comprender que, a escala geológica, «our emissions are us» [*nosotros somos nuestras emisiones*] (p. 5), independientemente de que podamos comprenderlo como tal o que nuestra expectativa de vida nos permita vivenciarlo. Es un problema «so big as to be almost invisible» [tan grande que es casi invisible], ironiza Bill McKibben (2011, p. 6, traducción propia) en la introducción a la antología *I'm with the Bears*. La magnitud y alcance del fenómeno, precisamente, impide comprenderlo. Greg Garrard (2012) indaga en este aspecto y concluye que la mayor dificultad yace en su esencia y temporalidad: por un lado, es imperceptible, es decir, su progresión y consecuencias no son fácilmente visualizadas; por otro lado, la expectativa de vida humana no es lo suficientemente extensa para poder adaptarse a las contingencias que deberían enfrentarse. De hecho, Garrard se pregunta si la tensión entre la exigencia de gestionar en favor del planeta y la escala temporal que excede la vida del sujeto no funcionan acaso en oposición al condicionamiento evolutivo necesario para revertir el calentamiento global (p. 21). Si bien el ser humano puede comprender que estamos frente a un proceso transnacional que afectará a las generaciones por venir, la repercusión del fenómeno más allá de la propia vida implica desafiar al extremo la imaginación literaria, un obstáculo, como señalamos, que deben superar las narrativas de clima ficción.

El cambio climático y la necesidad de resignificar la imaginación

Algunos críticos señalan que el cambio climático antropogénico es un evento en el que confluyen no solo aspectos científicos, sino también éticos, culturales y sociopolíticos. Kathryn Yusoff y Jennifer Gabrys (2011) sostienen que dicha confluencia de conocimientos y prácticas sociales transpone la tradicional división entre el saber científico y otras formas de conocimiento, a la vez que permite una retroalimentación entre ciencia y sociedad. Este punto de encuentro habilita nuevas reconfiguraciones que permiten imaginar y, en consecuencia, enfrentar la crisis ambiental (p. 2). Dentro de la convergencia de saberes y prácticas generada, Yusoff y Gabrys otorgan un rol fundamental a la *dimensión humana* para forjar nuevas conceptualizaciones en torno al cambio atmosférico. El panorama que plantea el calentamiento global antropogénico atañe, entonces, al sujeto en todas sus dimensiones y la creación artística no es una excepción. La urgencia del fenómeno que se encara exige la necesidad de promover nuevos modos de interpretar y significar el mundo actual con relación a la problemática.

Las autoras, en el epígrafe del artículo referenciado, citan al artista húngaro György Kepes en su descripción de la imaginación como la clave para pre-experimentar posibles futuros (p. 1), futuros alternativos que demandan la construcción y re-significación del pensamiento. De acuerdo a las investigadoras, la imaginación es una zona de intercambio entre el mundo material y la percepción, y que, por consiguiente, debe ser explorado en cualquier intento de emprender el análisis de la temática (p. 2). Otro interesante aporte de Yusoff y Gabrys es la valoración de la producción cultural como un ámbito que rebasa las restricciones que ciñen al campo científico permitiendo una interacción capaz de coproducir conocimiento en donde la ciencia y la política se articulan (p. 2).

La concepción del cambio climático en el ámbito social y cultural presenta, evidentemente, obstáculos inherentes a la esencia del fenómeno. Como indicamos con anterioridad, Greg Garrard expone la temporalidad de la crisis ecológica como un aspecto responsable de la invisibilización del fenómeno. En conformidad con lo expresado por el investigador, Morton (2013) —desde una postura filosófica no antropocéntrica— concibe la noción de *hyperobject* para designar aquellos objetos, eventos o fenómenos que no pueden ser directamente experimentados y que, pese a ello, ya han dejado marcas en el espacio social y psíquico del sujeto (p. 2). Morton ejemplifica su planteo a través de las gotas de lluvia que contienen y «encarnan» en cierto modo al cambio climático. Sin embargo, este no puede percibirse y apreciarse como tal, ya que no existe lugar en el planeta en que podríamos observarlo, aunque paradójicamente se disemina por toda la biósfera. De allí surgen, sin duda, las contradicciones intrínsecas al evento, y es por ello que Morton describe todo *hyperobject* como no local y distribuido en el tiempo y el espacio, cualidades que son engañosas, pues la inmediatez que creemos tener con el fenómeno en realidad no existe (pp. 1-2). El filósofo —que nos trae a la mente conceptos

baudrillarianos— arriba a conclusiones similares a las de Garrard en el sentido de que la magnitud de este suceso ambiental nos supera de tal modo que nos avasalla por el extrañamiento que genera pensar en una escala y efectos difíciles de simbolizar para la mente humana.

En aproximación a estas ideas, Clark (2015) entiende que el antropoceno y su más clara manifestación, el calentamiento global, nos sugieren un modo de interpretación que constituye un contrasentido con relación a los parámetros que poseemos para entender el mundo que nos rodea debido a que desestabiliza nuestro modo de pensar con respecto no solo de las escalas referidas, sino también en relación con sus efectos y su representación (p. 22). A su vez, Clark supone que probablemente la incertidumbre que produce el asunto del cambio climático se deba a que no existe un objeto concreto que pueda abordarse, sino que se diluye en múltiples aspectos, facetas y disciplinas.

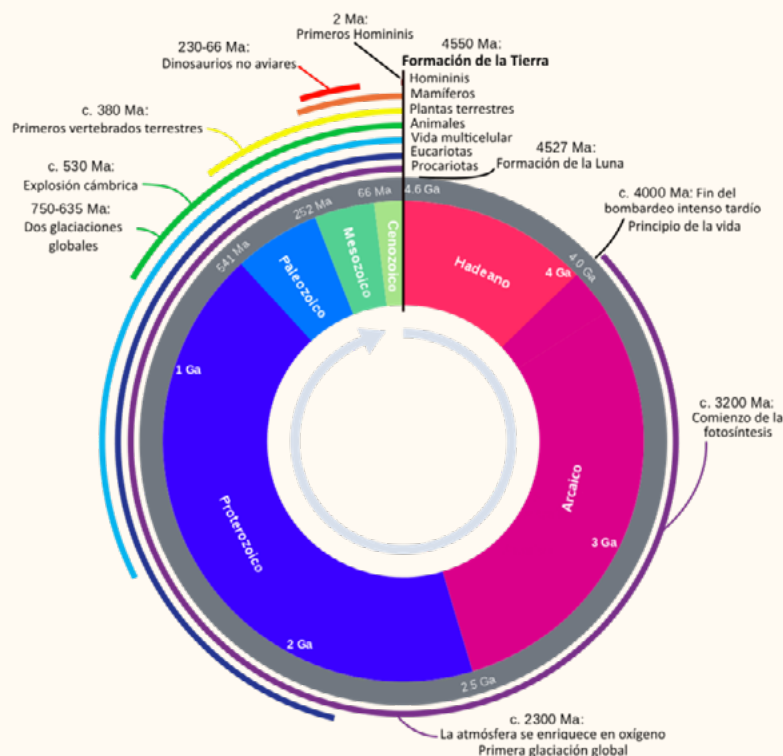


Figura 3. Escala de tiempo geológico. United States Geological Survey (2008)

Un obvio obstáculo con el que escritores se enfrentan en su intento por hacer el cambio atmosférico inteligible es la noción de tiempo. Al delinear aspectos que refieren a las representaciones espaciotemporales, es pertinente el comentario de la escritora y artista polaca Joanna Zylińska (2014), que nos recuerda que el término *escala* deriva del latín *escalera*, dispositivo que nos permite movernos en distintas dimensiones de tiempo y espacio y contemplar diversos puntos de vista (p. 28). Con relación al concepto de escala, Clark (2015) observa que la tendencia en diversos relatos ficcionales del cambio climático y sus consecuentes lecturas ecocríticas han llevado a una suerte de «miniaturización intelectual» (p. 79) que debe corregirse. El filósofo considera que las escalas que pueden ser aprehendidas por el ser humano conducen inevitablemente a una simplificación de parámetros temporales.

Asimismo, al respecto y con relación a las estructuras genéricas, Clark sostiene, al igual que Adam Trexler, que la forma literaria más pertinente para los relatos del antropoceno es la novela, ya que puede comprender aspectos socioculturales, políticos, personales y estéticos sin caer en una reducción de escalas y, por ende, en una subestimación de la problemática de la crisis ambiental.

Conceptualmente, concebir el antropoceno nos traslada a parámetros que involucren nociones como *deep time* —«tiempo profundo»—, que señala las escalas temporales colosales que corresponden a la temporalidad de los procesos geomorfológicos. Si asumimos que la acción humana actúa a la par de fuerzas tectónicas, es preciso proyectar representaciones que envuelvan temporalidades humanas y geológicas, lo que supera no solo la expectativa de vida del hombre, sino su capacidad cognitiva: el antropoceno nos induce a la extrañeza

de una temporalidad que excede nuestra experiencia de vida como la memoria intergeneracional, expresa David Farrier (2019, p. 5).

En su detallado análisis de lo que constituye la escritura en la actualidad, el investigador en crítica ecológica señala que nuestras vidas diarias tendrán consecuencias de daño antropogénico que impactarán por medio de los «nuevos inmortales» (residuos radioactivos, microplásticos, etc.) en el «futuro profundo». Es precisamente este modo de permanencia y continuidad en el planeta lo que la imaginación debe aprender a articular (p. 7).

El paradigma antropocénico también realiza demandas a la tradicional noción de espacio. De acuerdo a Clark (2015), si hablamos de espacio al ocuparnos del cambio climático, debemos remitirnos, por ejemplo, a proyecciones cartográficas que engloban toda la superficie planetaria y que no son necesariamente válidas a la hora de plantear cuestiones que involucran al sujeto en su cotidianidad o su inmediatez (p. 72). La cuestión de la representación nos lleva, según el crítico, a aberraciones de percepción con respecto del fenómeno del cambio climático, ya sea sus consecuencias o nuestras posibilidades de acción. El ahorro diario que puede hacer el individuo en torno a la energía, el agua o los combustibles puede llevar a confundir al sujeto y hacerle creer sin razón que está «salvando el planeta», una frase hecha que lleva ineludiblemente a desaciertos en torno al fenómeno tanto en el plano lingüístico como intelectual (p. 37).

Una contundente propuesta con relación a la temática es la vertida por la escritora alemana Ursula Heise (2014), quien a partir de un recorrido histórico de la ecocrítica propugna por nuevas conceptualizaciones en la representación del cambio climático. La autora sostiene que deben generarse e instaurarse símbolos y formas discursivas alternativos que habiliten a que la raza humana pueda autopercebirse como una especie cuyas actividades han provocado el proceso de la crisis climática (p. 24). Desde un posicionamiento crítico con respecto de los estudios culturales, Heise expone que el rechazo a universalismos y su consecuente construcción de conceptos tales como hibridez, frontera y multiculturalismo sustanciaron la imposibilidad de trascender diferencias socioculturales (pp. 21-22). Es decir, las distinciones identitarias con relación al género y a las clases sociales, entre otras, que se han sustentado desde las humanidades, deberían ceder paso al colectivo de la especie humana con el afán, así, de poder comprender la magnitud de una agencia colectiva que —en la era del antropoceno— se convierte en fuerza geológica.

La noción de agencia individual y colectiva es otro aspecto que pone a prueba el intelecto humano. Reconocer a la humanidad como fuerza geológica, indica Clark (2015), es llanamente indescifrable (p. 15). Para el pensador, la acción humana particular del sujeto tiene efecto sobre la acción de todos los sujetos en conjunto y simboliza este nuevo «agente de la humanidad» con la figura de Thomas Hobbes, el Leviatán. Si bien esta imagen generalmente refiere al concepto de Estado, el crítico ambientalista la asocia para representar la idea de individuo/multitud que se convierte en un «gigante planetario», que, en oposición al concebido por Hobbes, no es un agente regulador, sino que es capaz de autodestruirse (p. 15).

Otro aspecto clave que es representado en las narrativas de la ficción climática es la noción de la sociedad de riesgo. Este concepto es generalmente asociado a Ulrich Beck, aunque ya en los años sesenta el peligro ecológico constituía una rama de exploración independiente dentro de las ciencias sociales (Heise, 2008). Antonia Mehnert (2016) interpreta que la Modernidad ha generado amenazas que ahora debe solucionar y son precisamente los riesgos creados por ella los que se han propagado a escala global. Estos riesgos tienen, además, la particularidad de no ser fácilmente percibidos debido a la «desterritorialización» de su origen y es así que, si bien en ocasiones están invisibilizados, sus efectos son de todos modos destructores (pp. 31-32). Debido a que el peligro es una amenaza omnipresente en el mundo actual, Frederick Buell (2003) establece que la retórica apocalíptica no es el modo más apropiado de relatar la crisis ambiental para generar conciencia, sino que el encuadre más pertinente para comunicar la amenaza ambiental de la Modernidad es a través de narrativas de riesgo (p. 186). Al respecto, Mehnert (2016) considera que la crisis ambiental está generando interesantes respuestas con relación a las estructuras discursivas que relatan los complejos procesos y fenómenos ambientales; de hecho, entiende que la idea de movilidad, desplazamiento y desarraigo son modos adecuados y pertinentes de encarar la crisis ecológica, ya que en el planeta no existe sitio que no se considere en peligro, lo cual tiene consecuencias para el psiquismo humano (pp. 56-84), y, como hemos señalado, el riesgo se constituye en la inmediatez del acá y ahora.

Ursula Heise (2008) hace también un estudio que conecta la teoría de riesgo en la sociedad contemporánea y los estudios literarios a través de la exploración de ciertas estructuras narrativas que modelan las maneras en que los peligros ecológicos son percibidos (pp. 121-122). Para la autora, la noción de amenaza global y los diversos modos en que circula en la cultura se encuentran vinculadas a su propuesta de ecocosmopolitanismo,

ya que tanto las metáforas utilizadas como la elección de un formato narrativo sobre otro construyen imaginarios que son reproducidos y naturalizados en una modalidad particular de pensar el cambio climático. Con el mismo propósito, la investigadora analiza ciertas figuras retóricas tales como la sinécdoque como portadora de imágenes que remiten a ciertos ecosistemas.

En síntesis, el pensar y narrar las consecuencias de la crisis ambiental insta a que la imaginación narrativa genere no solo nuevas categorías conceptuales para desenvolverse en macro y micro escalas, sino también formas alternativas de concebir el riesgo, la agencia humana, el tiempo y el espacio independientemente del rincón que ocupamos en el mundo y el fugaz instante en que lo transitamos. La era del antropoceno demanda innovadoras formas estéticas y narrativas capaces de dar voz y visibilizar el calentamiento global. El clima ficción asume el desafío de hacerlo.

Referencias bibliográficas

- Andersen, G. (2020). *Climate Fiction and Cultural Analysis: A New Perspective on Life in the Anthropocene*. Londres: Routledge.
- Arias-Maldonado, M. (2015). *Environment and Society: Socionatural Relations in the Anthropocene*. Nueva York: Springer.
- Bloom, D. (2014). Clima ficción, un género literario que va más allá de la ciencia ficción. *Inter Press Service*. Recuperado de <https://ipsnoticias.net/2014/04/columna-clima-ficcion-un-genero-literario-que-va-mas-alla-de-la-ciencia-ficcion/>
- Buell, F. (2003). *From Apocalypse to Way of Life: Environmental Crisis in the American Century*. Londres: Routledge.
- Buell, L. (2005). *The Future of Environmental Criticism: Environmental Crisis and Literary Imagination*. Oxford: Blackwell.
- Carballo, M. y Aguirre, M. E. (Eds.). (2010). *Eco-crítica, «crítica verde»: la naturaleza y el medioambiente en el discurso cultural anglófono*. Córdoba: Facultad de Lenguas, UNC.
- Clark, T. (2015). *Ecocriticism on the Edge: The Anthropocene as a Threshold Concept*. Londres: Bloomsbury.
- Crist, E. (2013). On the Poverty of Our Nomenclature. *Environmental Humanities*, 3(1), 129-147.
- Crutzen, P. y Stoermer, E. (2000). The «Anthropocene». *The International Geosphere-Biosphere Programme*, 41, 17-18. Recuperado de <http://www.igbp.net/download/18.316f18321323470177580001401/1376383088452/NL41.pdf>.
- Cuaderno de materiales. (s. f.). Glosario de términos filosóficos. Recuperado de <https://www.filosofia.net/materiales/rec/glosario.htm>
- Dwyer, J. (2010). *Where the Wild Books Are: A Field Guide to Ecofiction*. Reno: University of Nevada Press.
- Edigol. (2005). Cambio climático [Imagen]. Recuperado de <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cambio-clim%C3%A1tico.jpg>
- Encyclopedia Britannica. (s. f.). Holoceno. Recuperado de <https://www.britannica.com/science/Holocene-Epoch>
- Farrier, D. (Ed.). (2019). *Anthropocene Poetics: Deep Time, Sacrifice Zones, and Extinction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Forthomme, C. (2014, julio 30). A Chat with the Man Who Dreamt Up Cli Fi. *Impakter*. Recuperado de <https://impakter.com/climate-fiction-a-chat-with-the-man-who-coined-the-term-cli-fi/>
- Garrard, G. (2012). *Teaching Ecocriticism and Green Studies*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Ginnetdambre. (2011). Leviathan (Thomas Hobbes) [Imagen]. Adaptado de Wikimedia Commons. Recuperado de <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hobbesleviathan.jpg>
- Glotfelty, C. y Fromm, H. (Eds.) (1996). *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Atenas: University of Georgia Press.
- Goodbody, A. y Johns-Putra, A. (Eds.). (2019). *Cli-Fi: A Companion*. Oxford: Peter Lang.
- Haraway, D. (2014). Anthropocene, Capitalocene, Chthulucene: Staying with the Trouble. *Open Transcripts*. Recuperado de <http://opentranscripts.org/transcript/anthropocene-capitalocene-chthulucene/>
- Haraway, D. (2015). Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin. *Environmental Humanities*, 6(1), 159-165.
- Heise, U. (2008). *Sense of Place and Sense of Planet: The Environmental Imagination of the Global*. Oxford University Press.

- Heise, U. (2014). Comparative Ecocriticism in the Anthropocene. *Komparatistik*. Mayo, 19-30. Recuperado de <https://d-nb.info/1138724602/34>
- Hornborg, A. (2016). *Global Magic: Technologies of Appropriation from Ancient Rome to Wall Street*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Kolbert, E. (2014). *The Sixth Extinction: An Unnatural History*. Nueva York: Henry Holt and Co.
- Kress, J. y Stine, J. (Eds.). (2017). *Living in the Anthropocene: Earth in the Age of Humans*. Kindle ed., Washington D. C.: Smithsonian Books.
- McKibben, B. (2011). Introduction. En M. Martin (Ed.), *I'm with the Bears* (pp. 8-10). Londres: Verso Books.
- Mehnert, A. (2016). *Climate Change Fictions. Representations of Global Warming in American Literature*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Meyer, B. (Ed.). (2017). *Cli-fi: Canadian Tales of Climate Change*. Kindle ed., Ontario: Exile Editions.
- Moore, J. (2017). The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis. *The Journal of Peasant Studies*, 44(1), 594-630. Recuperado de <https://www.tandfonline.com/doi/citedby/10.1080/03066150.2016.1235036?scroll=top&needAccess=true>
- Morton, T. (2013). *Hyperobjects: Philosophy and Ecology after the End of the World*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Naj-Oleari, P. (2010). Professor Paul Crutzen: Nobel winner and advocate of a climate «escape route» [Fotografía]. Recuperado de https://www.flickr.com/photos/european_parliament/5341915951
- Oppermann, S. y Iovino, S. (2017). *Environmental Humanities: Voices from the Anthropocene*. Londres: Rowman & Littlefield International.
- Schneider-Mayerson, M. (2017). Climate Change Fiction. En R. Greenwald Smith (Ed.), *American Literature in Transition, 2000-2010* (pp. 309-321). Cambridge University Press.
- Serres, M. (1995). *The Natural Contract* (Trad. E. MacArthur y W. Paulson). University of Michigan Press.
- Trexler, A. (2015). *Anthropocene Fictions: The Novel in a Time of Climate Change*. University of Virginia Press.
- Trexler, A. y Johns-Putra, A. (2011). Climate Change in Literature and Literary Criticism. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Climate Change*, febrero. Recuperado de https://www.academia.edu/3188021/Climate_Change_in_Literature_and_Literary_Criticism
- United States Geological Survey. (2008). Geological time spiral [Imagen]. Recuperado de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Geological_time_spiral.png
- Whiteley, A., Chiang, A. y Einsiedel, E. (2016). Climate Change Imaginaries? Examining Expectation Narratives in Cli-Fi Novels. *Bulletin of Science, Technology & Society*, 36(1), 28-37.
- Yusoff, K. y Gabrys, J. (2011). Climate change and the imagination. *WIREs Climate Change, Wiley Interdisciplinary Reviews*, 2(4), 516-534. Recuperado de doi.org/10.1002/wcc.117.
- Zylinska, J. (2014). *Minimal Ethics for the Anthropocene*. Michigan: Open Humanities Press.